

En cuadernos *Políticos* con número 8, México D.F., Editorial Era abril-junio 1976 pp.75-90.

Raúl Trejo Delarbre
**Lucha sindical y
política: el movimiento
En Spicer***¹

Durante 120 días, entre julio y octubre de 1975, más de seiscientos trabajadores sostuvieron una huelga contra la empresa Spicer. Durante ella, pudieron apreciarse diversos elementos que caracterizan a las luchas por la insurgencia y la democracia sindicales que con cada vez mayor frecuencia se repiten en nuestro país. El espontaneísmo, la consolidación empírica de una organización, la búsqueda del sindicalismo independiente frente al sindicalismo oficial, la adquisición de una conciencia clasista en el transcurso del movimiento, fueron algunas de las actitudes que sufrieron y manifestaron los trabajadores en huelga de Spicer.

El movimiento de Spicer es tan reciente y ha sido tan comentado y discutido que resulta difícil proporcionar, ya no un balance preciso de la huelga, sino por lo menos una visión imparcial de ella. Sin embargo, el relato mismo del conflicto —aprovechando el testimonio de sus protagonistas, los propios trabajadores— resulta significativo. El movimiento en Spicer, que se distinguió entre otras cosas por la atención que recibió de parte de la izquierda y por la participación de algunos sectores de la misma, confirmó que actualmente, en las luchas sindicales, la izquierda, apenas recién salida del cascarón pequeñoburgués, prefiere imponerle al proletariado desde fuera una doctrina sin preocuparse por ofrecer alternativas políticas concretas que correspondan seriamente al nivel de la lucha, al grado de organización y de conciencia, a las condiciones materiales que privan en una u otra rama industrial. El resultado que tenemos es una izquierda impaciente por conseguir que los trabajadores aprendan unas cuantas consignas pero incapaces de impulsar una lucha a partir de las situaciones concretas.²

Esta es una afirmación que se matiza en el cotidiano desarrollo de los movimientos populares. Por eso y por las implicaciones que tienen, resulta imperativo conocer las lecciones que esas situaciones concretas ofrecen al movimiento obrero y a los sectores

¹ Aunque, por supuesto, la responsabilidad del presente trabajo es del autor, es preciso mencionar que en su preparación y discusión participaron varios compañeros sin cuya colaboración este ensayo no se hubiera podido realizar. En especial, agradezco los comentarios en el Seminario de historia de la clase obrera en México que coordina el doctor Pablo González Casanova y del compañero Benito Terrazas.

² En *Cuadernos Políticos*, n. 5, p. 3.

que pretenden incidir en él.

El de Spicer no fue un movimiento aislado. Podemos ubicarlo dentro de la heterogénea corriente del llamado “sindicalismo independiente” que, compuesto de luchas muy diversas, se caracteriza por su discrepancia respecto de la burocracia sindical oficial y por la búsqueda de alternativas de organización democráticas. Nunca ha faltado disidencia sindical, aun en los momentos en que las centrales obreras oficialistas, pilar básico del Estado mexicano, han sido más fuertes. Pero los últimos años, particularmente desde 1972, han estado señalados por la proliferación de sindicatos independientes e intentos de sindicalización democrática. Ante esas experiencias, el gobierno ha asumido diferentes posiciones, desde la tolerancia combinada con los intentos de asimilar tales movimientos hasta la oposición abierta, sustentada en la represión. El movimiento de Spicer transitó de uno a otro de esos extremos.

CRISIS DE LA INDUSTRIA AUTOMOTRIZ

No ha sido gratuito el que gran parte de las movilizaciones y huelgas independientes de los últimos años hayan tenido lugar en empresas ligadas, de una manera u otra, a la industria metalúrgica. Ésta, como toda gran industria, se caracteriza por tener una elevada concentración de la mano de obra: la mayor parte de sus trabajadores, el 76%, labora en plantas donde hay más de 250 obreros y las pequeñas industrias tienen poco futuro en esta área.³ La monopolización en la industria del hierro y el acero tiene dos consecuencias inmediatas: por una parte permite que una cantidad reducida de empresarios obtenga mayores ganancias y reúne esfuerzos para aumentar la tasa de explotación de los trabajadores. A la vez, el gran número de obreros, el exceso de cargas de trabajo y otros problemas laborales (seguridad, entre otros) favorecen la organización sindical. En las últimas revisiones salariales los trabajadores de esta industria han recibido aumentos mayores, en comparación con los de otras ramas.

La empresa Spicer, por el tipo de su producción, está vinculada a la industria metalúrgica y pertenece al mismo tiempo a la llamada “rama auxiliar de la industria automotriz” y en consecuencia resulta afectada por la crisis mundial que sufre esta industria. Igual que en Europa y Estados Unidos, donde el deterioro en las ventas de automóviles —consecuencia a su vez del deterioro económico del sistema capitalista—

³ Revista *Punto Crítico*, n. 34.

ha provocado cierres de plantas y despidos masivos de obreros, en México la producción de automóviles ha sido restringido. En 1974 el incremento de la producción automotriz había sido del 14.8% y para 1975 fue tan sólo del 10.4%, el más bajo en la industria de manufacturas.⁴ Este descenso fue especialmente agudo en los primeros meses de 1975: entre enero y mayo de ese año la tasa de crecimiento de la producción automotriz fue de 5.04% mientras que el año anterior, para esos mismos meses, había sido del 19.2%. En los primeros cinco meses de 1975 la venta de automóviles al extranjero disminuyó en un 82% en comparación con el periodo enero-mayo de 1974;⁵ hay que recordar que la huelga en Spicer se inició en el mes de junio, justo cuando los efectos de la recesión empezaban a ser sentidos por los empresarios.

Los patronos han tratado de sobrellevar la crisis promoviendo publicitariamente la venta de nuevos modelos y acudiendo a la protección fiscal del gobierno (tan sólo en 1974, las exenciones de impuestos y los subsidios, gracias a la “Ley de industrias nuevas y necesarias”, significaron para Spicer y su empresa filial Cardanes ganancias adicionales por más de 25 millones de pesos, más de la tercera parte de las ganancias netas de Spicer en ese año —revista *Punto Crítico*, n. 41). A la vez, han aumentado las jornadas de trabajo (esa fue una de las causas que desencadenaron la huelga en Spicer) y han reducido su personal. Una de las maneras de que eso sea posible sin problemas legales posteriores, es mantener a los trabajadores con contratos eventuales, que permiten a los patronos despedirlos prácticamente en cualquier momento. Problemas de este tipo han ocasionado las huelgas en las empresas Nissan, Volkswagen, Automex y otras en los últimos años.⁶ La mayor parte de estos conflictos se han originado fundamentalmente en peticiones de aumento de salarios. Singularmente, el conflicto en Spicer rebasó, desde un principio, los marcos estrictamente sindicales.

Ubicada en San Juan Ixhatepec, en La Presa, estado de México, la fábrica Spicer se instaló en enero de 1953 bajo el nombre de “Amarillo, S. A.” En 1959 se llama “Perfect

4 Según el presidente de la CANACINTRA, *Excélsior*, 15-XI-75

5 Datos de la Asociación Mexicana de la Industria Automotriz en *Comercio Exterior*, vol. 25, n. 7, julio e 1975, p. 738.

6 Sin embargo, si bien uno de los sectores más dinámicos del “sindicalismo independiente” ha sido el de los trabajadores de la industria automotriz sus acciones han estado, hasta ahora, aisladas y sin coordinación entre sí. Esto se debe a la ausencia de una organización que unifique los esfuerzos de los trabajadores de este sector, hasta ahora dispersos en diversos sindicatos, muchos de los cuales con todo y los planteamientos democráticos que los definen no han podido construir una organización común. Por eso, hoy en día, una de las demandas más avanzadas que el movimiento sindical mexicano puede sostener es la creación de grandes sindicatos nacionales de industria, que agrupen a los trabajadores de una misma rama, que les permitan sumar fuerzas y afrontar mejor a sus adversarios. En el conflicto de Spicer llegó a existir la posibilidad de que los trabajadores de esta empresa ingresaran a un sindicato nacional, el Minero Metalúrgico. Sin embargo la estrategia de la dirección del movimiento, que comentamos más adelante, limitó las posibilidades de éxito de los trabajadores al no propiciar su ingreso al citado sindicato nacional.

Circle” y en 1967 cambia su razón social a “Spicer, S. A.” Desde un principio se dedicó a fabricar e importar accesorios y partes para vehículos, especialmente ejes de automóviles y camiones, que son su producción fundamental. La propiedad de la empresa se distribuye entre una corporación norteamericana y un consorcio local: de 8 125 000 acciones que participan en Spicer, 2 681 250 pertenecen a la “Dana Corporation”, con sede en Detroit y filiales en Canadá, Argentina y México. Otras 3 206 530 acciones son de la Sociedad de Fomento Industrial que además controla empresas como Resistol, Negromex, D. M. Nacional y otras. Es decir, entre la transnacional y el consorcio mexicano controlan, juntos, más del 75% de las acciones en Spicer.⁷ Los dueños de Spicer tienen en el estado de México y en Querétaro otras plantas que fabrican accesorios automotrices, entre ellas Autometales, Círculo Perfecto y Cardanes, donde los trabajadores llegaron a plantearse la posibilidad de apoyar el movimiento en Spicer. Tales propósitos se quedaron sólo en eso, ya que los empresarios, antes de que los brotes de organización crecieran, despidieron de esas plantas a los trabajadores que simpatizaban con la huelga en Spicer.

VEINTICINCO AÑOS DE SUBORDINACIÓN

Para mantener el control sobre los trabajadores, los empresarios en Spicer utilizaron durante más de una década los servicios de la Federación de Agrupaciones Obreras (FAO), que a través de un fantasmagórico Sindicato de Trabajadores de la Industria Metalúrgica imponía aumentos salariales reducidos y cuotas sindicales cuyo destino los obreros nunca conocían. Esta situación comenzó a cambiar en 1968, cuando la asamblea de trabajadores corrió de la planta a los delegados sindicales de la FAO. En esa ocasión, el respaldo de la empresa —que despide a 23 trabajadores inconformes— le permitió a la FAO regresar. Al año siguiente se forman comités de obreros que promueven la idea de un sindicato independiente, proyecto que fracasa al ser despedidos varios trabajadores más. Los brotes de organización en 1968 y 1969 señalaron el descontento latente que existía en la fábrica, pero no prosperaron porque aún no se lograban ni la cohesión ni el trabajo sindical, necesarios.

Cinco años después, en junio de 1974, el intento de la empresa por aumentar la producción a costa de los obreros vuelve a plantear a éstos la necesidad de organizarse. La empresa había anunciado la creación de un “cuarto turno” que alteraba los días de

⁷ Datos tomados de *Punto Crítico*, n. 41.

descanso, las vacaciones y las jornadas regulares de trabajo. Dos meses después, los obreros ya discutían, en pequeños grupos, las posibilidades de formar una organización independiente. En la inquietud que cundía en la fábrica tenía que ver también la presencia de militantes del Frente Auténtico del Trabajo (FAT), organización que promueve la creación de sindicatos independientes del control oficial. El FAT está afiliado a la Central Latinoamericana de Trabajadores, organismo que a su vez pertenece a la Confederación Mundial del Trabajo. Estas relaciones le permitieron promover una importante campaña de solidaridad internacional con la huelga de Spicer. La actuación del FAT en este y otros movimientos sindicales ha sido discutible y polémica. Entre las huelgas en las que ha participado en los últimos años está la de CINSA-CIFUNSA en Saltillo.⁸

A los trabajadores de Spicer su experiencia de casi 25 años les indicaba que, por regla casi general, el sindicalismo era perjudicial. Durante todo ese tiempo habían sufrido la imposición de la FAO, que tenía siete años sin hacer asambleas y solapaba los despidos y otras medidas de la empresa, fundamentalmente la existencia de trabajadores eventuales con antigüedad de seis años. La única alternativa que encuentran para librarse del control de la FAO es formar un sindicato independiente o afiliarse a uno que ya lo sea. Poco después se inscriben en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria del Hierro y el Acero (afiliado al FAT), organización independiente, con vida democrática, aunque con pocas secciones y trabajadores. En noviembre de 1974, con el respaldo de este sindicato, 760 trabajadores (de poco más de 800 que había en Spicer) demandan la titularidad del contrato colectivo. Las autoridades del trabajo, sin efectuar el recuento que marca la ley, rechazan la solicitud, niegan el registro al sindicato independiente y permiten que el contrato siga en manos de la FAO. La empresa, por su parte, despide a uno de los promotores del sindicato independiente.

En febrero de 1975 se constituye la sección Spicer del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria del Hierro y el Acero (STIHA). A fuerza de sostener su convicción en el sindicato independiente, los trabajadores estaban logrando desplazar a la FAO, hecho que la empresa advertía con alarma. La FAO era —es— un ejemplo del sindicalismo espurio que pierde su capacidad de control. Agrupa a pocos sindicatos y su principal mérito es pertenecer al Congreso del Trabajo. Al ser incapaz de mantener el control sobre los trabajadores de Spicer, la empresa decide reemplazarla y solicita los

⁸ Sobre este suceso, véase el excelente trabajo de Manuel Camacho “La huelga de Saltillo, un intento de regeneración obrera” en *Foro Internacional*, n. 59, vol. XV. Enero-marzo de 1975, pp. 414-45.

servicios del Sindicato de Trabajadores Minero Metalúrgicos de la República Mexicana (STMM), que dirige el viejo líder Napoleón Gómez Sada. Los trabajadores más activos, especialmente los miembros del comité ejecutivo del sindicato independiente, son despedidos y remplazados por trabajadores del Minero.

Esa táctica —según los trabajadores— fue mala ya que en lugar de consolidarse entre la base, el sindicato charro [el STMM] tomó acuerdos con la empresa y para todos nosotros fue evidente el carácter del sindicato minero que metía esquiroles a provocar riñas entre nosotros, a organizar asambleas en favor de los patrones, etcétera. Esto logró que los trabajadores que aún no se convencían de nuestra lucha vieran toda su importancia y colaboraran con el sindicato independiente.⁹

LA HUELGA DE JULIO

A partir de marzo el STIHA trata de obtener la titularidad del contrato y se comienza a discutir la conveniencia de emprender una huelga. La Junta Federal de Conciliación y Arbitraje se demora más de tres meses en realizar un recuento —para determinar a qué sindicato correspondía la mayoría de los trabajadores y por lo tanto la titularidad— que normalmente tarda dos semanas. Los trabajadores realizan nuevas reuniones —son despedidos otros más— y hacen un balance de sus recursos, pero —y esa sería una constante que caracterizaría a todo el movimiento— hay poca educación sindical. Trescientos cincuenta trabajadores eventuales terminarían sus contratos en los meses de julio y agosto y, ante la posibilidad de que no fuesen renovados, lo que significaría un despido masivo, se resuelve iniciar la huelga el 30 de junio de 1975.

La presencia de policías cerca de la fábrica, la amenaza de despidos y la creciente importancia que adquiriría el sindicato minero aceleran la decisión de llegar a la huelga. El 29 de junio el comité ejecutivo de la sección sindical del STIHA y los trabajadores más activos se reúnen y, varias horas después, ya al día siguiente, la huelga estalla. La dirección del movimiento estaba integrada por el comité seccional, unos doce asesores del FAT y del STIHA y los delegados departamentales más activos.

Las demandas de la huelga (reconocimiento del sindicato independiente, inspección legal para determinar cuál era el sindicato mayoritario, negociación de la planta para los eventuales, reinstalación de los despedidos y expulsión de los esquiroles) revelaban el

⁹ Este y otros testimonios de los trabajadores de Spicer fueron recogidos especialmente para este trabajo. Otros más que también se citan aparecieron en los números 36, 37 y 40 de la revista *Punto Crítico*.

carácter esencialmente político del movimiento. La única demanda propiamente económica era la de los obreros eventuales, o sea los que sufrían una relación de trabajo más precaria. La ausencia de otras demandas de este tipo podría explicarse por el hecho de que los obreros de Spicer pertenecían, en su mayor parte, al sector de trabajadores que reciben salarios más altos (o menos bajos, como se quiera). Los salarios de Spicer al estallar la huelga fluctuaban entre 50 y 180 pesos diarios y el sueldo promedio era de cien pesos, o sea tres mil al mes. En ese momento el salario mínimo para el Distrito Federal era de 1900 pesos mensuales.

Siendo, así, una lucha política, una versión en pequeña escala de la lucha entre patronos y trabajadores, éstos no se prepararon con el cuidado necesario para sostener un enfrentamiento de tal tipo. La dirección de los trabajadores no calculó el grado de resistencia y el límite de tolerancia que la empresa podía enfrentar a la huelga. En un principio, se pensó que unos cuantos días de huelga bastarían para que los patronos cedieran ante la paralización de actividades. Sin embargo no se tomó en cuenta que, por encima de los apremios económicos que pudiera sufrir, a la empresa le interesaba no demostrar debilidad ante sus trabajadores. Es decir —y a causa de los propios rasgos que fue adquiriendo el conflicto, al polarizarse las posiciones de empresa y obreros— los patronos prefirieron anteponer sus principios a las pérdidas que podrían sufrir. Por otra parte, tales pérdidas no eran tan significativas como los trabajadores pensaron ya que Spicer, como se señaló anteriormente, formaba parte de un extenso monopolio internacional cuyas diversas fuentes de ingresos le permitían suplir las pérdidas en una de sus ramas.

No había fondo de resistencia que permitiera sostener a las familias de los trabajadores durante la huelga. Sin experiencia previa, confiaban en sus pequeños ahorros —que se acabaron bien pronto— y en la colaboración de otros sindicatos. “No esperábamos que durase tanto”, dirían después.

Ciertamente, la huelga se prolongó demasiado. La dirección de los trabajadores permitió que las negociaciones se extendieran durante varias semanas, mientras sus recursos y resistencias eran mermados por el tiempo. No advirtió entonces, ni después, que la empresa procuraba dilatar las situaciones conflictivas porque confiaba en que sus recursos le permitirían aguantar mejor que a los obreros. Así lo hizo antes de junio, al oponer objeciones de detalle para que se prolongara el juicio por la titularidad del contrato colectivo. Así lo hizo durante la huelga de julio, hasta que los trabajadores regresaron a sus labores, circunstancia que favoreció la entrada masiva de esquirols. La

empresa volvería a hacer lo mismo meses más tarde.

En el transcurso de la huelga se consolidan los organismos de dirección que ya existían (un comité de huelga formado por cerca de veinte trabajadores electos en asamblea general) y varias comisiones de trabajo (jurídica, encargada de las negociaciones; de finanzas; prensa; de “subsistencia”, etcétera). Se establece una “escuela de formación sindical” donde se discute el contrato colectivo y se hacen apreciaciones sobre los problemas del momento, pero no se examina más que la situación inmediata. Se editan varios números del periódico mimeografiado La Huelga, que más tarde es sustituido por volantes. La carencia de un periódico en las siguientes etapas del movimiento y el empleo de volantes, casi siempre breves y con llamados a la solidaridad, revela la falta de mecanismos constantes de información y discusión entre los trabajadores (las asambleas solas no bastan) y, por otra parte, la urgencia de difundir masivamente el conflicto. El periódico era comentado entre los trabajadores, en cambio las hojas volantes sólo hacían una labor de propaganda hacia afuera. Para la redacción de artículos del periódico, se consultaba a un buen número de huelguistas, en cambio más tarde la elaboración de los volantes se convirtió en una tarea rutinaria y de unos cuantos.

Con las aportaciones de otros grupos y los ahorros de algunos obreros se establece una cooperativa (“conaspicer” la llamaban) para dar a cada familia una despensa semanal. Cada domingo había un festival “popular” a las puertas de la fábrica, al que llegaban grupos artísticos y donde surgieron, de entre los mismos obreros, cantantes, declamadores y hasta un mago. El movimiento estaba tomando consistencia en cuanto a la organización interna aunque en las negociaciones no se avanzaba. En los primeros días de la huelga la empresa ensayaba diversos métodos para que el movimiento perdiera fuerza. Los trabajadores y sus familias recibían cartas conminándolos a dejar la huelga. Más tarde los obreros emplearían un método similar contra los patrones, llamándoles por teléfono o visitándolos para exigirles una solución al conflicto. Fue importante también la participación de las esposas de varios trabajadores que integraron brigadas para visitar otras fábricas y colonias, para entrevistarse con las autoridades y —por la fuerza— con algunos de los dueños de Spicer.

Paulatinamente, la huelga rebasó los límites de la planta y se fue conociendo su existencia. Primero fueron los colonos de las zonas populares aledañas a la fábrica los que apoyaron a los trabajadores, debido a la cercanía geográfica y a que muchos obreros de Spicer vivían en esas colonias. Más tarde algunos sindicatos independientes llevaron

mantas de solidaridad y aportaciones económicas. No tardaron en llegar grupos estudiantiles, especialmente universitarios, que desde entonces siguieron de cerca el conflicto. Uno de los aciertos del movimiento de Spicer fue haber concitado en torno suyo la solidaridad de amplios sectores y haber difundido el problema por diversos medios. Sin embargo los trabajadores no pudieron establecer una política precisa hacia los grupos y sectores que les brindaban solidaridad. Desde entonces el movimiento fue conducido no sólo por los obreros de Spicer sino también por estudiantes y colonos. Las asambleas, discusiones y otras actividades eran de tal forma abiertas que participaban lo mismo trabajadores de Spicer y otras plantas que colonos y estudiantes.

De esta manera transcurre la huelga de julio-agosto. Durante ella, se realizan varias marchas cerca de la planta que llegan a reunir a cinco mil personas. El 8 de julio un pequeño grupo de trabajadores que no había secundado el movimiento constituye en Spicer la sección 275 del Sindicato Nacional de Trabajadores Minero Metalúrgicos. Dos semanas después, la FAO le transfiere a este Sindicato la titularidad del contrato colectivo y, de esta manera, le cede su lugar. La Junta Federal de Conciliación y Arbitraje no aprueba de momento esta transacción, que era ilegal pues no se había consultado a los trabajadores (aunque tampoco la “desaprueba”, según aclara hábilmente el Minero Metalúrgico). Hasta el mes de septiembre, cuando el STMM se ha fortalecido en Spicer, la Junta da su visto bueno al traspaso. Las fuerzas que estaban en juego se definían: la FAO desaparecía de Spicer; el STMM era, manejado por su dirección charra, la carta fuerte para desplazar al STIHA; la empresa colaboraría con el Minero hostigando administrativamente a los trabajadores del sindicato independiente; los huelguistas, a su vez, estaban cansados —algunos delegados al Comité de Huelga tuvieron que ser remplazados “por desgaste”. Ya con la garantía de que el STMM podría consolidarse, la empresa acepta firmar un convenio según el cual accede a reinstalar a los trabajadores despedidos, se compromete a no ejercer represalias contra los trabajadores y paga una parte de los salarios caídos. Por su parte, las autoridades laborales se comprometen a realizar, al iniciarse las labores, el recuento necesario para registrar a la Sección Spicer del STIHA y para establecer a cuál de los dos sindicatos corresponde la titularidad del contrato colectivo. Sin ser del todo satisfactorio (no había soluciones definitivas sino prórrogas en los aspectos conflictivos) la dirección del movimiento acepta el convenio por temor, si lo rechaza, a ser reprimida. La solidaridad externa estaba menguando y la resistencia de los huelguistas disminuía.

Con todo y los problemas que el movimiento afrontaba, el compromiso para celebrar

el recuento constituía un triunfo o, al menos, establecía las bases para obtenerlo. Sin embargo la actitud posterior de los trabajadores y, simultáneamente, las prácticas de la empresa contra ellos echaron abajo la posibilidad de hacer efectivos los acuerdos.

Después de 38 días de huelga, las banderas rojinegras son retiradas de Spicer. Los trabajadores que regresaban a sus labores habían aprendido mucho con la huelga, pero no pudieron sostener una organización que les permitiera aprovechar esa experiencia. El levantamiento de la huelga fue apresurado. El lunes 11 los trabajadores se encuentran con 150 nuevos compañeros: obreros del STMM que la empresa esperaba adiestrar para sustituir con ellos a los del sindicato independiente. Estos trabajadores, a quienes los del STIHA comienzan a llamar “esquiroles”, tienen la misión de provocar problemas. Discuten y agreden físicamente a los demás obreros que les responden también agresivamente.

LA “SEMANA DEL PODER OBRERO”

La semana del 11 al 15 de agosto es llamada por los panegiristas del movimiento la “semana del poder obrero” (sic) porque en ella los trabajadores retrasaban la producción con tortuguismo y realizaban constantes actos de protesta (marchas dentro de la planta, mítines, asambleas). El ambiente era tenso. Fuera de la fábrica, piquetes de la policía del estado de México custodiaban las entradas y salidas. Adentro, los enfrentamientos entre trabajadores de ambos sindicatos pasaban de la violencia verbal a la física. El descontento espontáneo se manifestaba en desordenadas formas de protesta. Cuando los trabajadores recordaban que algunos de sus compañeros seguían despedidos, por ejemplo, comenzaban a gritar “¡reinstalación-reinstalación!” y detenían el trabajo por varios minutos. Algunos supervisores, que no pueden controlar esa situación, renuncian a sus cargos. La producción disminuye, según los obreros, al 10%.

En lugar del Comité de Huelga que había funcionado durante las semanas anteriores, los trabajadores organizan un “comité de lucha” en el que participan cerca de cuarenta delegados departamentales y delegados por turno. Había asambleas por turnos y departamentos y la instancia superior era la asamblea general. Esta estructura tenía problemas prácticos. La organización por departamentos, lejos de servir para que los trabajadores se movilizaran y discutieran en sus lugares de trabajo, provocó que sólo los responsables de departamento se encargaran del trabajo sindical, propiciando indirectamente la falta de participación de los demás.

Esta organización no logra articular la respuesta de los obreros a la represión administrativa y judicial que comienza a ejercer la empresa. Esa semana, varios trabajadores son citados a declarar ante un juez de Tlalnepantla, acusados de daños a la fábrica durante la huelga. El 15 de agosto, al recibir su pago de la semana, los trabajadores encuentran que les han sido descontadas cuotas sindicales para el STMM, al que no pertenecen. La noche entre el 17 y el 18 de agosto un grupo de trabajadores del Sindicato Minero Metalúrgico se apodera de la planta. Por la mañana, los guardias de la fábrica impiden la entrada a 164 obreros a quienes la empresa les comunica que están despedidos. El resto de sus compañeros resuelve negarse a trabajar, en señal de protesta. De esta manera los patrones aprovechan esta situación para despedir a otros 505 trabajadores. Después de cinco días de intensa militancia, la organización y el activismo de los trabajadores habían sido reducidos a cero. ¿De qué había servido entonces la “semana del poder obrero”. Solamente para que los trabajadores, alentados por activistas estudiantiles, sobrestimaran sus fuerzas y la utilidad que tenían para la empresa. Creyeron que negándose a trabajar los patrones cederían y anularían los 164 despidos. Pero no fue ése el principal error de la dirección de los obreros. Además de subestimar a la empresa, abandonó el único campo donde la presión que hiciera podría ser efectiva: la fábrica misma, y abrió el camino para que los patrones contrataran a más trabajadores del Minero Metalúrgico.

Aquí, hay que insistir en ello, fue decisivo el papel de los activistas estudiantiles y sobre todo de los militantes de izquierda que participaban en el movimiento. En vez de colaborar con los trabajadores, quisieron imponerles sus propias concepciones sobre la táctica que debía seguirse. La participación de activistas estudiantiles es siempre valiosa, y así se ha demostrado en otros movimientos sindicales. Pero, en toda ocasión, deben ser los trabajadores quienes decidan los pasos a seguir y el sentido general de sus luchas.

En ese momento los trabajadores de Spicer descartaron la posibilidad de luchar contra la dirección del STMM aliándose con las secciones democráticas de este sindicato. Tal actitud tenía sus raíces en la estrategia que el Frente Auténtico del Trabajo ha sostenido en diversos lugares: propiciar sindicatos independientes al margen de los que ya existen. Esa posición supone que es preferible crear organizaciones democráticas e independientes a participar en las que están corrompidas por el “charrismo”. Sin embargo descarta la posibilidad de sanear desde adentro las estructuras sindicales y supone que no es posible realizar tareas de proselitismo político con los trabajadores de

esos sindicatos simplemente porque pertenecen a organismos con direcciones espurias. En el caso de Spicer esa actitud fue reforzada por la práctica que mantuvo el Sindicato Minero Metalúrgico, que apareció ante los trabajadores como indiscutible aliado de la empresa y, por lo tanto, como su enemigo. De tal forma, los trabajadores no encontraron más alternativa que afiliarse al Nacional de la Industria del Hierro y el Acero. “No vamos a pasar de un charro a otro”, decían para negar la posibilidad de afiliarse al STMM. La experiencia sufrida en el pasado —la hegemonía de la FAO por 25 años— había sido decisiva para que los trabajadores repudiaran todo aquello que les recordara a los dirigentes espurios. Pero atentos a esa visión del sindicalismo, eliminaron la posibilidad de aliarse con otros trabajadores -los del STMM- que independientemente de los dirigentes que tuviesen eran, sobre todo, también trabajadores. En esa caracterización del STMM tuvo gran responsabilidad la dirección del movimiento en Spicer, que no pudo convencer a los trabajadores de la conveniencia de aliarse con los sectores democráticos del Minero.

La posición del Frente Auténtico del Trabajo, al propiciar el aislamiento de los trabajadores, no resultaba nueva. Esta misma organización ha sostenido actitudes similares en movimientos sindicales anteriores, como el de CINSA y CIFUNSA, que hemos mencionado antes. La necesidad de romper con las cadenas que la burocracia sindical les ha impuesto durante décadas, ha empujado a muchos grupos de trabajadores a formar sindicatos independientes. En diversas ocasiones la independencia sindical implica, sin embargo, la dispersión de las organizaciones democráticas. Por eso una de las tareas más importantes que tienen ante sí los trabajadores es la reestructuración de su organización sindical a partir de la creación de sindicatos nacionales de industria. Esta es, ciertamente, una misión difícil a causa de la corrupción que por décadas ha imperado en los sindicatos mexicanos y a la imagen que los trabajadores tienen de sus organizaciones. Pero esta dificultad se disipa cuando es evidente que mientras más sólida y amplia es la organización de los trabajadores, mayores serán sus victorias.

El Sindicato Nacional de Trabajadores Minero Metalúrgicos dice agrupar a más de 120 mil trabajadores en todo el país.¹⁰ Aunque con un comité ejecutivo nacional controlado por dirigentes oficialistas y encabezado por Napoleón Gómez Sada, en este sindicato existen diversas secciones democráticas que disienten de su dirección nacional

¹⁰ No hay, sin embargo, estadísticas detalladas y accesibles sobre el número de trabajadores sindicalizados y las organizaciones obreras. Un intento reciente y valioso por sistematizar alguna información es el de Juan Felipe Leal y José Woldenberg, *Panorama de la estructura organizativa del sindicalismo mexicano contemporáneo*, CELA, FCPS, UNAM, en 1960, cuya suma da por resultado más de 56 mil afiliados.

y que han demostrado su fuerza propia, La huelga en la Fundidora de Monterrey, en diciembre de 1975, sostenida por la sección 67 del ST14IM, demostró que con una organización local democrática los trabajadores pueden presionar a sus dirigentes para que secunden sus demandas.

Las secciones democráticas del STMM se encuentran dispersas porque no ha surgido el movimiento que haga coincidir en la acción sus problemas y demandas comunes. El de Spicer pudo haber sido tal movimiento pero no se supo aprovechar tal posibilidad. Durante la huelga en Spicer,

varias secciones se negaron a suministrar esquiroles para sustituir a los compañeros de Spicer. Entre ellas están las secciones de las plantas de Aceros Ecatepec, Altos Hornos-San Martín y Altos Hornos-Lechería [...] resulta patentísimo que la base del minerometalúrgico constituía un aliado real y directo de los compañeros de Spicer.¹¹

Hubo secciones que además aportaron ayuda económica para la lucha de Spicer, como la citada sección 67. Sin tomar en cuenta a las secciones democráticas, la dirección del movimiento de Spicer —y en consecuencia, los trabajadores en su conjunto— rechazaron como un todo al sindicato sin tomar en cuenta los matices que hay dentro de él y por lo tanto eliminando las posibilidades de hacer fructificar una alianza con esa gran organización. Olvidaban que

ningún sindicato es charro; los charros serán en todo caso, los líderes. Pero, además, el que un sindicato tenga ya un carácter nacional por rama industrial es un avance para la unidad proletaria, independientemente de quien lo dirija.¹²

Hubo, sí, intentos —o al menos así se anunció— de acercarse al STMM. En un desplegado firmado, entre otros organismos, por las secciones democráticas del Sindicato único de Trabajadores Electricistas (SUTERM) y el Frente Auténtico del Trabajo, se decía el 22 de agosto:

Consideramos que el Sindicato Minero Metalúrgico, como sindicato industrial con una gran tradición de lucha, tiene un papel que jugar en los meses de ascenso que se avecinan. Es por eso doblemente reprobable el que dirigentes lo utilicen para agredir a otros trabajadores, cuando que su responsabilidad sería la de buscar la unidad democrática de los trabajadores minerometalúrgicos [...] Invitamos a los trabajadores del Sindicato Minero Metalúrgico a los que se pretende utilizar como esquiroles en

11 *Solidaridad*, n. 148, p. 17.

12 *Ibid*

Spicer a que rechacen ese indigno papel [...] (*Excélsior*, 22 de agosto).

Es decir, desde esa fecha el FAT estaba de acuerdo, puesto que suscribía el citado documento, en promover el acercamiento (tardío pero quizá aún posible) con el STMM. ¿Por qué no lo hizo?

La respuesta la daba, en parte, el asesor jurídico de los trabajadores de Spicer ya en el mes de octubre:

Nosotros reconocemos cada vez más —decía— que hay trabajadores mineros, trabajadores de la base, que también están luchando con las mismas banderas de democracia sindical y la verdadera liberación del trabajador. Con esos trabajadores hay contactos iniciales. Se ha conversado ya con varias secciones para unirnos en la lucha, que es la misma. Queremos distinguir a la base trabajadora de las direcciones que van en contra de los intereses de los trabajadores.

Pero apuntaba también que, en su opinión, ese acercamiento sería difícil: “Por la forma como ha actuado el Sindicato Minero, por el empleo de esquirols, es difícil que el trabajador de Spicer lo acepte fácilmente, pero es una tarea que hay que realizar, está dentro de la formación política que este movimiento ha alcanzado.” Unas cuantas semanas antes la empresa había despedido a trabajadores minerometalúrgicos con los que el grupo independiente no fue capaz de entablar relaciones. Otros sectores, los trabajadores de la FAO y una cantidad significativa de empleados de confianza, tampoco fueron aprovechados. Durante la huelga, varias docenas de trabajadores afiliados a la FAO se acercaron a los independientes “para decirnos que ya no la ven llegar y quieren adherirse a nosotros”. Más tarde, en septiembre, un grupo de supervisores manifestó intenciones de apoyar a los trabajadores despedidos pero éstos no les ofrecieron alternativas para que, sin poner en peligro sus propios empleos, pudieran hacerlo.

Al ser despedidos el 18 de agosto los 164 trabajadores y al renunciar los demás, se encuentran sin un centro donde desarrollar sus actividades. Ese día se dirigen a la Secretaría del Trabajo, y así lo vuelven a hacer durante los días siguientes, sin que las autoridades les respondan. Instalan un campamento en la Unidad Zacatenco del Instituto Politécnico Nacional, con la esperanza de ganar el apoyo de los estudiantes de esa institución, pero muy pocos se interesan por los huelguistas. Durante ese periodo participan en numerosas manifestaciones, mítines, actos de apoyo, asambleas y otras reuniones. El 28 de agosto una marcha de siete mil personas es detenida por la policía, poco después de haber salido de Zacatenco. Durante esos días se celebran

concentraciones casi diarias frente a la Secretaría del Trabajo, institución oficial que, según declaró en un boletín de prensa el 20 de agosto, había empezado a “asesorar” a los trabajadores de Spicer. El 10 de septiembre uno de esos mítines es disuelto por 300 granaderos, mientras el entonces secretario del Trabajo, Porfirio Muñoz Ledo, salía a “dialogar” —ese fue el término que emplearon los diarios— con los representantes de los trabajadores (ese mismo día había sido detenida una marcha de los trabajadores de la Tesorería del Distrito Federal en el centro de la ciudad). Dos días después un mitin de las esposas de los trabajadores es también impedido.

En otras y contadas ocasiones, los trabajadores de Spicer levantan sus banderas en actos de masas promovidos por otros sectores, como ocurrió en la manifestación de apoyo al pueblo español, el 28 de octubre. En general, esta etapa del movimiento se caracterizó por los abundantes a veces muy concurridos actos en solidaridad con la huelga en Spicer. Sin embargo, paulatinamente disminuyó la cantidad de trabajadores que asistía a esos mítines y marchas mientras aumentaba el número de estudiantes. Concentrados en el activismo, los trabajadores descuidan otras tareas como la discusión de sus acciones —se discutía lo que se iba a hacer, pero no se hacía un balance de lo ya realizado— y, más aún, cualquier forma de preparación ideológica. Más tarde, cansados y sin empleo ni ingreso fijos, muchos trabajadores abandonan el movimiento o desertan temporalmente, en espera de una solución definitiva.

Sin discutir los resultados de cada acción y al concebir su lucha como meramente sindical, las consideraciones que la dirección del movimiento hacía sobre el momento político nacional en que cada una de sus acciones tenía lugar no fueron, la mayor parte de las veces, afortunadas. Entre el 8 de julio y el 22 de agosto el presidente Echeverría realiza una gira internacional. Significativamente, la primera movilización reprimida tiene lugar el 28 de agosto, cuando Echeverría ya estaba en México. Más tarde, cuando al parecer el presidente tenía interés en ser designado para la secretaría de las Naciones Unidas, se desarrolla en el extranjero una campaña de solidaridad con los huelguistas de Spicer que incluye denuncias, paros y mítines en Canadá y América del Sur, una manifestación frente a la embajada de México en Holanda, telegramas de organismos sindicales internacionales y otras formas de presión. Dentro del país, los sindicatos de la UNAM realizan paros y asambleas, sindicatos de varias ciudades emprenden una campaña nacional, etcétera. Todas estas acciones tienen poco efecto y no logran modificar el curso de la huelga a favor de los trabajadores porque no estaban acompañadas por un programa de fortalecimiento interno de los trabajadores de Spicer.

Es en este periodo, cuando por la difusión que recibe la huelga y porque ésta ha trascendido los límites sindicales, el gobierno se ve obligado a tomar partido en el conflicto. Y el gobierno, el presidente Echeverría en persona, toma en sus manos el problema —a instancias de la iniciativa privada— para imponer una solución desfavorable a los trabajadores.

Otra coyuntura que afectó al movimiento de Spicer fue la sucesión presidencial. En la solución a la huelga de julio-agosto influyó la intervención del secretario del Trabajo, quien figuraba entre los precandidatos del partido oficial. Confiando en que la buena voluntad de ese funcionario persistiría, la dirección del movimiento dirige a él sus peticiones en septiembre. Muñoz Ledo buscaba una solución inmediata y no conflictiva, que le permitiera quedar bien con los empresarios y ante la “opinión pública”. Durante esa época repite declaraciones como la formulada el 16 de agosto, cuando dice que los conflictos sociales se deben resolver “con espíritu de solidaridad y siempre con avances justos para los trabajadores”. Estos términos, en el lenguaje oficial, debían interpretarse como la sujeción de la clase obrera a los términos que el gobierno impondría para la solución de conflictos laborales. El 11 de septiembre, al hablar con los representantes de los trabajadores de Spicer, Muñoz Ledo es más explícito y les dice que “cooperen con la autoridad a fin de que, mediante el diálogo y la conciliación” fuera resuelto su problema. En otras pláticas el secretario del Trabajo les indica que la empresa no está dispuesta a transigir y que la mejor alternativa es que regresen a sus labores para, hasta entonces, discutir. Con esta solución el funcionario pretendía ganar tiempo y, sobre todo, la simpatía de los empresarios. Sin embargo la maquinaria del partido oficial funciona más rápido que los planes electorales del secretario y el 23 de septiembre, después de la designación del candidato presidencial, es sustituido. Según el asesor de los huelguistas, el cambio de secretario del trabajo “hizo que nuestra estrategia se viniera abajo”. La dirección de la huelga, alentada por el éxito de sus primeros pasos, había creído que el gobierno se abstendría de actuar en contra de los trabajadores para no empañar el momento de la sucesión presidencial. Este error de apreciación determinó el tono y el contenido de muchos de los pasos que los trabajadores dieron entre agosto y septiembre y, por lo tanto, el resultado final de la huelga.

La empresa, que sí había entendido que el conflicto era principalmente político, no transige. Para ese momento, la huelga en Spicer y su solución se había convertido en cuestión de principio para los capitanes de la industria mexicana, que integraron una sólida alianza contra los trabajadores. En el conflicto de Spicer, los empresarios veían

no una simple huelga sino la encarnación de todo el sindicalismo independiente del país. No estaba en juego, por lo tanto, la suerte de una sola industria sino de la iniciativa privada en su conjunto. Así lo creían los empresarios nacionales y los aliados extranjeros de la transnacional Spicer, que utilizaron todos sus recursos para presionar también al gobierno. Esta actividad, en una época de reajustes como la de la sucesión presidencial, tiene pronto resultados. El 27 de septiembre, cuando el recién designado ministro del Trabajo, Carlos Gálvez Betancourt, aún no se instala en su nuevo empleo, los patrones de Spicer presentan una proposición que consideran “un acto de buena fe” y que en otros términos constituye un ultimátum: que los trabajadores que abandonaron la fábrica regresen a trabajar de inmediato y que en un plazo de tres días se discuta la situación de los 164 restantes. Los trabajadores rechazan esta oferta, como habían rechazado otras que no presentaban una solución definitiva y absoluta. Seguían confiando en que la empresa los necesitaba y que, por eso, cedería. Aún más, la empresa, consideraban, no podía prescindir de ellos y despedirlos definitivamente a todos: “no se puede dar ese lujo, aunque no le faltan ganas”, decían. Sin embargo, sabían que los patrones ya habían contratado nuevos técnicos en el extranjero y que el número de trabajadores minerometalúrgicos aumentaba constantemente.

Ya desde la huelga de julio-agosto se había advertido que la suspensión en la producción de Spicer podía afectar notablemente a la industria automotriz (todas las marcas de automóviles, excepto dos o tres, dependían de los ejes que fabrica Spicer). El 18 de octubre, al anunciar la reapertura de la planta, la empresa informaría en un desplegado:

El paro mantuvo cerrada la fuente de trabajo por 38 días con el consiguiente grave perjuicio para la empresa, para los trabajadores de Spicer, los que laboran en la industria terminal automotriz y para la economía del país al tenerse que importar 100 millones de pesos de los productos que Spicer fabrica.

Esta cantidad fue confirmada varios meses después por el presidente de la Asociación Mexicana de la Industria Automotriz, quien señaló también que a causa de los problemas financieros mundiales y a problemas locales como la huelga en Spicer las exportaciones mexicanas de automóviles “se desplomaron” de 20 mil unidades vendidas en 1974 a dos mil en 1975.¹³ Para argumentar la crisis económica y la disminución de ventas, los empresarios han culpado a los trabajadores, en este caso a los de Spicer. Ésta es más que nada una postura que busca justificar el pago de menos impuestos y el alza

¹³ *Excélsior*, 4-XI-75.

de precios, pues las pérdidas no han sido tantas. La empresa Spicer, no obstante la prolongada huelga y la multicitada crisis de la industria del automóvil, no sufrió pérdidas durante 1975. Al contrario, sus ingresos netos aumentaron en un 2.2% (de 68.7 en 1974 a 70.2 millones de pesos en 1975). Sus ventas se incrementaron en un 18.8 por ciento: de 673 a 800.5 millones.

Los ingresos, eso sí, no fueron tan cuantiosos como esperaba, pues el año anterior en el aumento en la utilidad había sido del 10.2 en tanto que en 1975 fue de 8.8%.¹⁴ La relativamente pequeña disminución en los ingresos que, como se ve, no significó una pérdida sino sólo una ganancia reducida para Spicer, se explica por la estrecha colaboración entre las nueve compañías subsidiarias que integran este consorcio en México y que durante la huelga estuvieron listas para apoyar a la fábrica de ejes. Hay que tener en cuenta la colaboración entre la empresa mexicana y las filiales en otros países que en casos de emergencia también brindan su solidaridad económica. Para sortear problemas laborales como éstos, las subsidiarias de Spicer han establecido un fideicomiso que les permite sostenerse sin déficits notables mientras duran las huelgas o paros.

La dirección del movimiento, que antes de la huelga sostenía que la empresa no podría soportar una suspensión de labores prolongada, no contó con que Spicer tenía recursos suficientes para subsistir. La empresa pudo mantener un reducido pero constante margen de utilidad sustituyendo la producción por la importación de ejes. De la misma forma, en el periodo entre agosto y octubre, los trabajadores confiaban en que, más temprano que tarde, los patronos cederían ante la necesidad de tener listos los ejes indispensables para la producción de automóviles modelo 1976. El trabajo de los obreros del sindicato minerometalúrgico, con poca o ninguna experiencia en este tarea, era malo. Los departamentos de control de calidad de las armadoras automotrices rechazaban los ejes de Spicer porque no reunían las especificaciones necesarias. Por otro lado, los ejes extranjeros no siempre servían a los modelos que se producen en México. Sin embargo la empresa no se preocupaba pues, al parecer, hasta el mes de octubre existió una sobreproducción de ejes y, por lo tanto, la huelga la favorecía indirectamente. No era extraño por eso que, según declaraba un trabajador, “la producción, que normalmente es de 500 ejes diarios, ha sido de ocho o nueve diarios, o sea una producción de basura”. En realidad, la planta estaba trabajando aproximadamente a un 30% de su capacidad. Cuando se acerca el momento de tener

¹⁴*El Sol de México*, 3-III-76.

terminados los modelos 1976 a los patrones y el gobierno les urge, entonces sí, terminar con el conflicto laboral. A los primeros para cumplir con sus compromisos con las fábricas armadoras y al segundo, entre otras razones, para evitar una nueva salida de divisas por concepto de importación de ejes.

“TODO O NADA”: LA HUELGA DE HAMBRE

Las movilizaciones decrecen después del 10 de septiembre y la propaganda sobre los obreros de Spicer comienza a menguar también. Muchos trabajadores se habían apartado del movimiento y otros estaban desesperanzados, sin alternativas a la vista. El 29 de septiembre, durante un festival en la colonia Martín Carrera —una de las colonias populares que colaboraron con ellos— un grupo de trabajadores y asesores sugiere iniciar una huelga de hambre. Los objetivos iniciales de la huelga serían aglutinar a los trabajadores en una acción concreta y novedosa —muchos se habían dispersado y participaban poco o no participaban— y dar a conocer de nuevo la situación del conflicto, recuperar el sitio que meses o semanas antes habían tenido en las páginas de los periódicos y los muros de las universidades.

El 30 de septiembre, 27 trabajadores de Spicer, su asesor jurídico y un representante del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria del Hierro y el Acero inician la huelga de hambre en el quinto piso de la Secretaría del Trabajo. Las autoridades les impiden permanecer allí y se trasladan a un solar frente al edificio de la Procuraduría para la Defensa del Trabajo. El efecto deseado se consigue: nuevamente se organizan brigadas para difundir el problema, los periódicos mencionan la inusitada huelga. El nuevo secretario del Trabajo amenaza con no propiciar nuevas negociaciones si la huelga de hambre continúa. Para desagaviar en parte a Gálvez Betancourt; los huelguistas retiran de su campamento las banderas rojinegras.

En agosto los trabajadores, al abandonar la fábrica, habían permitido a la empresa tomar la iniciativa y manejar la producción a su gusto, contratar a otros obreros y planear la ofensiva contra los disidentes. Ahora la iniciativa era de nuevo de los trabajadores aunque las condiciones no los favorecían del todo: treinta de los más activos quedaban inmovilizados al participar en la huelga de hambre, entre ellos el asesor jurídico. Al quedar prácticamente inutilizados, esos cuadros tuvieron que ser remplazados por otros con menos experiencia. Al emprender la huelga de hambre -los más conscientes, que formaban parte de la dirección- la conducción del movimiento

pasa a ser compartida ya no sólo con los asesores del FAT sino con los activistas estudiantiles. Es decir, en la huelga de hambre la dirección se ataba a sí misma las manos y permitía que quienes no eran trabajadores tomaran decisiones como tales. De otra parte, el hecho mismo de acudir a una táctica que se fundamentaba en la protesta pasiva denotaba ya —igual que en todas las huelgas de hambre— el haber llegado a un recurso último y, de alguna manera, un principio de debilidad y derrota.

Esto era posible debido a la visión limitada que la dirección tenía del movimiento y a las diferencias de preparación política que existían entre los trabajadores. La mayoría sólo estaba interesada en que el movimiento concluyera; su participación dependía de los trabajadores más activos. El mismo hecho de que para reactivar la participación haya sido necesaria una acción espectacular como la huelga de hambre, indica que el nivel de conciencia no era precisamente alto.

Algunos trabajadores entendían o intuían que la huelga de hambre no era más que un método de presión, pero para otros era un fin en sí misma. Uno de los que sostenían la primera posición consideraba, justamente:

Algunos compañeros se negaban a que hiciéramos la huelga de hambre. Se piensa que la burguesía no merece un sacrificio tan grande del obrero. Pero yo en lo personal pienso que no lo estamos haciendo para halagar a la burguesía. Lo estamos haciendo con el fin de que despierte el obrero y vea que por ahora es necesario apoyar este movimiento y después todas las luchas que se den en el país.

Otro apuntaba que “la huelga por sí misma no tiene bastante fuerza, necesita estar combinada con lo que se haga afuera, con la solidaridad externa”. Otro más consideraba que ésta era “una manera más de vincularnos con los movimientos populares. La gente, el pueblo, ha respondido. Como nuestro sacrificio tiene un sentido político, ha servido para que muchos grupos vayan elevando su conciencia, su politización”. ¿Era acertada esta apreciación? ¿Sirve la denuncia por sí sola —a través de una acción como la huelga de hambre— para despertar la conciencia de otros trabajadores? En Spicer así pareció ocurrir en un momento, cuando la solidaridad en torno a los huelguistas convirtió a ese movimiento en el eje de la lucha sindical independiente entre junio y octubre de 1975 y diversos sectores participaban, con intereses diferentes, en las jornadas de apoyo a los obreros de Spicer. En una manifestación un colono de una unidad habitacional de la ciudad de México señalaba: “al estar unidos tenemos más fuerza para todas nuestras demandas. Es la misma lucha, todos somos trabajadores, es la misma lucha de clases”. En el movimiento de Spicer convergían las demandas de grupos de colonos que

reclamaban rentas menos altas o servicios urbanos, las demandas de otros trabajadores que estaban también en huelga o sufrían malas condiciones de trabajo, la solidaridad de grupos de estudiantes, algunos de los cuales tenían en estas jornadas sus primeros contactos con la clase obrera.

Sin embargo el movimiento de Spicer no ofrecía a estos sectores una estrategia de solidaridad mutua que permitiese que tal apoyo no fuera sólo esporádico. No había ya no se diga un programa común sino siquiera mecanismos para discutir colectivamente problemas que afectaban a todos. No había una política de solidaridad como la tendrían después, por ejemplo, los electricistas de la Tendencia Democrática del SUTERM. Los trabajadores de Spicer tampoco señalaban los alcances y límites del apoyo que recibían y de los sectores que se acercaban a ofrecerlo. Quienes prestaban solidaridad, en ocasiones, no sólo apoyaban sino pretendían dirigir —y algunos así lo hicieron— al movimiento. Las coincidencias entre colonos y obreros eran, en este momento, exclusivamente de orden coyuntural. No había, en sentido estricto, demandas que ambos sectores sostuvieran en común sino una espontánea conciencia de que la colaboración mutua les permitiría solucionar mejor sus respectivos problemas. Uno de los resultados inmediatos de la huelga en Spicer fue haber servido para reunir a diversos grupos de colonias populares del Valle de México que, gracias a ésta y otras experiencias, se pudieron integrar un poco más tarde en un Bloque Urbano de Colonias Populares.

Junto con la huelga de hambre, uno de los factores que más influyeron para propiciar la publicidad en torno al movimiento fue la participación de un grupo de esposas de los trabajadores, que desde julio habían integrado un comité para colaborar en la difusión y apoyo de la huelga. El tres de octubre, tres de las esposas se suman a la huelga de hambre. Una de ellas consideraba:

una como ama de casa no tiene oportunidad de conocer estos problemas. Pero con esta huelga desde un principio hemos estado luchando al parejo de nuestros esposos. Sí, hemos cambiado de opinión porque nos han cometido muchas arbitrariedades, todos nuestros derechos nos los han violado, ahora sí que estamos en contra de las autoridades.

Para la mayor parte de los trabajadores la disyuntiva era entonces, literalmente, de vida o muerte. Por eso adoptan una posición intransigente que, junto con la intolerancia de la empresa, decide al gobierno a imponer una solución represiva. La huelga de hambre radicalizó hasta el extremo las posiciones de empresa y trabajadores. Al polarizarse la situación, éstos dijeron que no levantarían la huelga hasta que no se

cumplieran todas sus demandas. De esta forma llegaron a un punto muerto las posibilidades de negociación y se abrió el camino para que los patrones, aliados con las autoridades, manifestaran que la actitud de los obreros era intransigente y trataran de justificar un desenlace obligado y desfavorable para los huelguistas. La empresa esperaba llegar a una situación extrema, hasta enfrentarse con los obreros en una guerra de voluntades y posibilidades. La dirección de los trabajadores no entendió esa táctica; durante la huelga de hambre sostenía que transigir en algo equivaldría a empañar la “pureza” del movimiento, como si ésta estuviese en cuestión al negociar y como si la negociación no fuese condición esencial en las relaciones obrero-patronales. Había sí, algunos trabajadores que pugnaban por dejar abierta la posibilidad de negociar, pero la convicción de la mayoría era no retroceder. Estas diversas y simultáneas actitudes de los trabajadores tienen su origen en el heterogéneo grado de experiencia y cultura política que había entre ellos.

En los primeros días de octubre el presidente Echeverría manifiesta su intención de intervenir personalmente para resolver el conflicto en Spicer. Cuando cita por primera vez a los representantes de los trabajadores, éstos vuelven a tener esperanzas de una solución rápida y favorable. Después de esa primera entrevista, en la que estuvieron presentes Gómez Sada (el dirigente del STMM) y los abogados de la empresa, la desilusión entre los huelguistas es mayor que antes. La línea dura del presidente se advertía desde ese momento. Esta actitud sirve también para definir las posiciones de los trabajadores respecto al gobierno, que ya no será para ellos el árbitro conciliador y protector sino la autoridad aliada de los patrones.

En el mes de julio los trabajadores tenían otro concepto de las autoridades y el Estado. Decían entonces:

Lo único que pedimos es simplemente el cumplimiento de lo que marca la ley. Que tengamos libertad para escoger al sindicato al que queremos pertenecer. Que en la inspección y el recuento por parte de las autoridades la empresa no se entrometa, en fin, solamente lo que marca la ley, que las autoridades no le hagan el juego a una empresa transnacional.

En ese momento consideraban que su problema no se había resuelto debido solamente a la oposición de “funcionarios menores”.

Conforme transcurre el movimiento y las negociaciones se estancan mientras las autoridades no hacen nada eficaz para defenderlos, los trabajadores más avanzados modifican sus concepciones. Durante la huelga de hambre algunos de ellos

manifestaban

La intransigencia de la empresa ha sido absoluta. Spicer está muy unida a las autoridades y las autoridades parecen estar en deuda con ella, es prácticamente una mafia; [...] se ve que los empresarios dominan al gobierno, el pueblo siempre ha creído en la ley pero ahora que tenemos este problema vemos claramente que no; ya sabemos que las autoridades están de parte del capital, del capitalismo, y a él obedecen. Pero pienso que de alguna manera debemos hacernos escuchar y obligarles a que al menos cumplan con la ley que ellos hicieron y que ni siquiera pueden respetar.

No obstante que entre los trabajadores se podían recoger estas impresiones, hacia afuera pretendían dar otra imagen para no entrar en contradicción con el gobierno. En un desplegado aparecido el tres de octubre denunciaban y pedían: “Las autoridades del trabajo no han resuelto nada, por eso, ante este problema que afecta a 650 familias de trabajadores mexicanos, SOLICITAMOS SU VALIOSA INTERVENCIÓN a efecto de que usted, SEÑOR PRESIDENTE, actúe con la firmeza que lo caracteriza” (mayúsculas en el original).

Y, en efecto, el presidente actuó “con la firmeza que lo caracteriza”.

El 8 de octubre un grupo de trabajadores despedidos que pretendía celebrar un mitin frente a la fábrica, se encuentra con algunos trabajadores minerometalúrgicos. Se enfrentan a ellos, discuten y luego los corretean. Apoyados por habitantes de la colonia La Presa, los persiguen, rompen el parabrisas de un automóvil y amenazan con quemar el letrero de la sección local del STMM, que se encuentra junto a la planta. Esta acción entorpece las negociaciones. Dos días después, durante una entrevista con Echeverría, autoridades y abogados de la empresa reprochan a los trabajadores la agresión. El recuento de obreros, que se había propuesto para el domingo 12, se pospone una semana y nunca llega a realizarse. El día 14 la empresa sostiene una actitud definitivamente intransigente: modificando sus posiciones conciliatorias de las semanas anteriores, ahora dice que no está dispuesta a reinstalar a uno solo de los trabajadores. Más aún, inicia una campaña contra los asesores de los obreros. En un desplegado aparecido el 8 de octubre, los patrones manifiestan que:

los caminos de la ilegalidad, la provocación y la violencia no son caminos para resolver problemas, máxime cuando estos actos son apoyados por recursos de organizaciones extranjeras y ajenas a nuestro país y cuando se ha hecho caso omiso de la labor conciliatoria desarrollada por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social y la

buena disposición de la empresa para resolverlos.

El mismo documento cita una declaración de Fidel Velázquez, presidente del Congreso del Trabajo, quien había señalado que el conflicto en Spicer es un asunto ya resuelto, sólo que el Frente Auténtico del Trabajo pretende estorbar la acción del Sindicato de Mineros, que es el que controla el contrato colectivo de trabajo. El FAT no tiene fuerza, no tiene sindicatos, sólo tiene puntas de lanza en las organizaciones, que operan en forma negativa a los intereses de los trabajadores.

La estrategia de empresas y autoridades había cambiado. Ya no buscarían instancias conciliatorias para resolver el problema ni lo presentarían como una pugna entre dos grupos de trabajadores que se disputaban la titularidad del contrato colectivo (el sindicato minero y el “grupo disidente” como lo calificaba la empresa). Ahora se utilizarían soluciones forzosas y se reivindicaría al STMM como el único representante de los trabajadores, al que empresa y autoridades reconocen como legítimo. Es decir, el acuerdo con el sindicato independiente quedaba descartado. ¿A qué obedecía este cambio? A que, primero, el conflicto se había prolongado tanto que resultaba, al mismo tiempo, una molestia y un compromiso para el gobierno federal. La extensa difusión de la huelga de hambre empañaba el prestigio “obrerista” del presidente y ponía en cuestión la capacidad de las autoridades del trabajo para resolver problemas obrero-patronales. En segundo término, las posiciones de empresa y trabajadores se habían distanciado a tal término que no admitían soluciones intermedias: los patrones, apoyados por el sector empresarial en su conjunto, no estaban dispuestos a ceder. La dirección de los huelguistas, a su vez, mantenía su actitud del “todo o nada”. Al mismo tiempo, la industria automotriz reclamaba ya que se reanudase la producción regular de ejes. En cuarto lugar, y esto fue lo más importante, había llegado el momento en que la relación de fuerzas entre trabajadores y empresa favorecía a esta última. La huelga de hambre había debilitado física y políticamente a los obreros, que no tenían nuevas perspectivas ante sí (el 20 de octubre, tres trabajadores abandonan la huelga de hambre por prescripción médica).

Por tales motivos no resultó sorprendente que el 22 de octubre Echeverría se uniese a la campaña macartista de los empresarios. Al ser abordado por un grupo de trabajadores de Spicer que le pedían solución a su huelga, el presidente les dijo que

el problema de Spicer no podrá resolverse nunca por la democracia cristiana movida desde Venezuela, ni tampoco si sus trabajadores son manejados para estimular los

problemas sindicales de otras fábricas del país (El Sol de México, 23 de octubre)

La posición del Estado, por si quedaban dudas, estaba definida. El presidente en persona había advertido a los huelguistas que no habría una solución en los términos que ellos deseaban. Además, había hablado clara y terminantemente contra la dirección del movimiento, caracterizándola como “demócrata-cristiana”, calificativo muy desprestigiado especialmente después de la experiencia chilena. En una reunión privada, posteriormente, Echeverría reiteró a los trabajadores su decisión de que la huelga de hambre y la publicidad que ésta había provocado debían terminar de inmediato. De nada le serviría al Frente Auténtico del Trabajo responder que las acusaciones del presidente eran “opiniones torpes”, que

decir que la democracia cristiana manipula el caso Spicer es una falta a la verdad [...] la democracia cristiana venezolana es un partido burgués [...] el problema de Spicer no se ha resuelto porque el gobierno no ha tenido el poder necesario.¹⁵

Cuando su imagen internacional corre el riesgo de quedar deteriorada por la huelga, Echeverría asume personalmente la tarea de acabar con ésta. Como en otros conflictos, se acude en esta ocasión al expediente de los lugares comunes en los que se sostiene la ideología del Estado mexicano; esta vez se pretende cuestionar la legitimidad de la huelga aduciendo la intervención de manos extranjeras en ella, es decir, se acude al nacionalismo como fórmula para descalificar a los trabajadores. Sin embargo, y esto revela la pobreza de argumentos del gobierno, en ningún momento se cuestiona la validez misma del conflicto sindical. Simplemente se pretende desconocerlo, ocultarlo envolviéndolo en una nube de declaraciones demagógicas.

Ante la negativa de la empresa a negociar y la intransigencia de los trabajadores (“ninguna de las dos partes cede”, señalaría el secretario del Trabajo), el presidente impone un convenio final en la última semana de octubre: ni se efectúa el recuento de trabajadores ni se discute la titularidad del contrato colectivo. Ésta pertenece, por decisión de las autoridades, al STMM y se prohíbe toda posibilidad de mantener el sindicato independiente. A 485 de los 612 huelguistas se les ofrece la opción de ser reinstalados como “trabajadores libres” (sin pertenecer a sindicato alguno), afiliarse al minerometalúrgico o renunciar a su puesto y recibir la liquidación correspondiente. A cada uno de los que aceptaran cualquiera de las dos primeras opciones y regresaran a la

15 Intervención de Alfredo Domínguez Araujo, en representación del FAT, en un debate sobre el sindicalismo independiente en Ciudad Universitaria el 25 de octubre de 1975.

planta se les pagarían tres mil pesos por salarios caídos. A los trabajadores eventuales (350) se les concederían cien puestos de planta. El convenio era, sin duda, anticonstitucional: impedía el derecho de los trabajadores a organizarse libremente y les imponía la hegemonía del STMM. Pero ya no estaban en cuestión matices legalistas. El conflicto había rebasado los marcos que el Estado mexicano impone a las relaciones entre patrones y trabajadores. Fuera de tales marcos, la solución no podía ser sino, política y de fuerza y, en este caso, desventajosa para los trabajadores. Las demandas económicas eran parcialmente resueltas (plaza para algunos eventuales, salarios caídos), pero las fundamentales (reconocimiento del sindicato democrático y reinstalación) quedaban definitivamente descartadas. El 27 de octubre la dirección del movimiento acepta en principio el convenio y al día siguiente, muy temprano, se levanta la huelga de hambre. En el predio donde había estado el campamento quedaron unas cuantas láminas, cartones y un letrero sarcástico o desafiante que alguno de los trabajadores pinta antes de retirarse: “se alquila para luchas independientes”.

“TUVIMOS CONCIENCIA DE QUE SOMOS OBREROS”

Levantada la huelga de hambre, el convenio se daba por aceptado. Entendiendo que no harían retroceder a la empresa, los trabajadores lo aceptan sin pensarlo mucho. También influyen el temor a la represión, especialmente después de los señalamientos del presidente, y el propio cansancio. Del “todo o nada” pasan al “casi nada”. Y era de esperarse: la resistencia de los huelguistas había disminuido, la solidaridad externa no garantizaba continuar mucho más y los trabajadores estaban cansados y desesperados. Ya nadie discutía si había que seguir en la huelga; lo que estaba en discusión era en qué términos finalizarla. Los trabajadores consideran que la derrota no es total pues el convenio permite la posibilidad de que algunos regresen a la fábrica (aunque no los más combativos, que fueron los primeros en ser despedidos) y así levantar una sección democrática del STMM. Unos cuantos deciden de inmediato aceptar su liquidación y buscar otro empleo. La mayoría, después de una larga discusión, decide volver a la fábrica.

Pero ni siquiera esta posibilidad les es permitida. Pocos días después, al realizar los trámites para ser reinstalados, los trabajadores son entrevistados por representantes de la empresa que intentan disuadirlos de que vuelvan a la planta. Les advierten que, habiendo sido parte de los huelguistas, podrían ser objeto de represalias violentas por

parte de los trabajadores minerometalúrgicos. Desconfiados, ya sin la fuerza que les daba su organización, uno tras otro, pese a su acuerdo anterior, renuncian a la reinstalación y piden ser indemnizados.

La ausencia del personal capacitado en algunos aspectos ocasionó varios accidentes de trabajo que la empresa se esforzó por ocultar. Para borrar ya no sólo todo síntoma de disidencia, sino además cualquier recuerdo de la huelga, la empresa despidió también a varios trabajadores del sindicato minerometalúrgico. Con la misma intención, la razón social de Spicer fue cambiada a Ejes Tractores, S. A. Los patrones pretendieron así que el recuerdo de la huelga desapareciera, incluso el nombre mismo de la fábrica. Pero la experiencia de Spicer no puede ser olvidada, sobre todo por los trabajadores. Especialmente cuando existe una izquierda supuestamente radical que a nombre de los obreros, reclama que hay que “crear ¡dos, tres... setecientos Spicers!” (Sic). El movimiento en Spicer demostró que, como decía Lenin en los primeros años de este siglo, en la huelga los trabajadores aprenden “dónde radica la fuerza de los patrones y dónde la de los obreros, a pensar no sólo en su patrón ni en sus camaradas próximos sino en todos los patrones, en toda la clase capitalista y en toda la clase obrera”. En Spicer los trabajadores, como dijo uno de ellos en la última asamblea que tuvieron, “aprendimos lo que es la solidaridad obrera, la lucha de clases, tuvimos conciencia de que somos obreros y nuestros intereses son distintos a los de los patrones y el gobierno”. Fue durante el proceso del conflicto, en la lucha misma, donde los trabajadores decidieron que para enfrentarse a los patrones había que enfrentarse también al sindicalismo espurio y donde aprendieron, aunque tarde, que por eso su movimiento era esencialmente político y que, como tal, las autoridades y la empresa harían de la derrota de los obreros un objetivo común.

En Spicer, a la organización espontánea de los trabajadores y el apoyo de otros obreros, se opuso el contubernio entre patrones, dirigentes espurios y gobierno. Llevada a sus últimos términos, la lucha que se desarrollaba en dos planos (obrero-patronal e intersindical) se transformó en un polarizado enfrentamiento entre trabajadores y clase dominante. La alianza establecida entre la burguesía demostró que los trabajadores no pueden luchar contra ella aislados y sin organizaciones que les permitan unir sus fuerzas. Por encima de todo, la lección de Spicer, dolorosa y significativa, reiteró que los obreros mexicanos carecen de una organización de clase que los agrupe contra sus enemigos. Pero el resultado de la huelga en Spicer no puede adjudicarse simplemente la inexistencia del partido obrero. Hay en este movimiento otras experiencias, entre ellas y

principalmente la conducción que lo llevó a los resultados que hemos apuntado.

La ya señalada inmadurez política de la mayor parte de los trabajadores de Spicer propició que la dirección de la huelga cayera en manos del Frente Auténtico del Trabajo (y en especial del asesor jurídico del sindicato independiente) así como de los grupos radicalizados que estuvieron pre santos en el movimiento. En muchos sentidos, las indecisiones y errores de la dirección de esta huelga son significativos de los problemas que sufre un sector del sindicalismo' democrático en México. La aversión fetichista contra los sindicatos nacionales con direcciones espurias y el rechazo a trabajar dentro de ellos para depurarlos, la estrechez de objetivos, la carencia de un análisis completo o al menos realista de la situación nacional, ha conducido al de Spicer y a otros movimientos a triunfos raquíticos o a francas derrotas.

En varios momentos del conflicto en Spicer, la dirección de la huelga cometió graves errores de apreciación: primero el aislamiento al que fueron conducidos los trabajadores al rechazarse la fusión con el Sindicato Minero, después la confianza en que el gobierno no intervendría y en todo momento la ilusión de que la empresa sucumbiría ante un cese prolongado de actividades. De esta manera, paso tras paso, error tras error, se fue fraguando el destino de la huelga en Spicer.

¿Fue un fracaso para los trabajadores el movimiento de Spicer? La estructura organizativa que ellos edificaron, la difusión que supieron darle al conflicto, la solidaridad concertada a su alrededor y la conciencia adquirida en el proceso de lucha fueron algunos logros. Pero la falta de una política correcta, los errores tácticos y estratégicos de la dirección, los diferentes niveles de educación política entre los obreros, junto con la participación activa y decisiva del gobierno y la alianza entre los empresarios fueron definitivos para, decidir el resultado del conflicto. Es solamente tomando en cuenta todos estos factores como se podrá asimilar y aprovechar la experiencia de Spicer que, entonces sí (independientemente de sus resultados inmediatos: la pérdida del empleo para más de 600 obreros y la derrota de un intento de sindicalización autónoma), podrá ser valiosa para los trabajadores mexicanos.